

1

Inglaterra
Primavera, 2001

Luca contemplaba, a solas, por la ventana de la biblioteca los relucientes jardines de Dinton Manor. Las nubes bajas y pesadas tapizaban el cielo de Hampshire y caía una llovizna persistente, aunque apenas perceptible. Una pareja de pájaros negros picoteaban entre la hierba en busca de gusanos antes de regresar a los imponentes tilos en cuyas ramas acababa de asomar el verde de las primeras hojas. El relajante silencio quedaba salpicado de vez en cuando por las risas procedentes del salón situado al otro lado de la pared, donde el resto del grupo comentaba en voz alta los periódicos dominicales o jugaba al Scrabble. A Luca la *joie de vivre* de los ocupantes del salón vecino le resultaba irritante. Si estaba allí era única y exclusivamente por Freya, con quien había perdido el contacto con el pasar de los años. Tras admirar su casa, su familia y su evidente felicidad, había caído en la cuenta de que en el curso de las dos últimas décadas había perdido su propio rumbo.

Exhaló el humo contra el cristal, presa en una nebulosa de melancolía mientras pensaba en su vida. Tenía cuarenta y un años y volvía a estar soltero. Padre de dos niñas enmarañadas en el naufragio de un amargo divorcio. Desempleado después de haber dejado atrás la City de Londres tras veinte años ejerciendo de administrador de fondos y ganando dinero a espuertas y con una dedicación tal que el enriquecimiento económico había terminado por convertirse para él en un fin en sí mismo: una codiciosa y vacía existencia que no le producía la menor satisfacción.

Luca había renunciado a la City dejando a su paso una estela de especulaciones. Los teléfonos rompieron a sonar en cuanto la noticia recorrió los cinco continentes, dejando al mundo de la banca en estado de *shock*. Luca Chancellor, con mil millones de libras a su cargo, había vendido su parte de la empresa a sus dos socios y se había marchado. Nadie encontraba respuesta a su decisión y él no dio la menor explicación. Al contrario: se limitó simplemente a bajar la cabeza, apagar el móvil y huir al campo. Tras una vida dedicada a las finanzas, su recién descubierta libertad le inquietaba, pues carecía de límites.

Antes de que pudiera seguir cavilando sobre los vericuetos de su nueva vida, Luca se dio cuenta de que no estaba solo. El olor a azúcares le recordó el remoto verano en el que Freya y él habían sido amantes. Ella le rodeó la cintura con el brazo y se apoyó contra él.

—Así que estabas aquí, Luca. ¿Qué haces?

—Pensar.

—Pensar es peligroso. ¿En qué piensas?

La sonrisa que Luca apreció en su voz le animó a sincerarse.

—En ti y en mí. En el verano del setenta y nueve.

—¿Te refieres al verano en que me enamoré de ti y en el que me rechazaste en cuanto llegó el otoño? —Se rió, por fin preparada para enfrentar con humor una situación que en otro momento la había herido en lo más profundo—. Rechazada como tantas otras mujeres que creyeron ser la que conseguiría domesticarte.

—Tú siempre has sido distinta. Rechazarte fue la estupidez más grande que he cometido en mi vida.

—No seas tan duro contigo mismo. Simplemente no tenía que ser.

—Me habrías hecho mucho bien.

—Soy yo la que no está demasiado segura de que tú me hubieras hecho bien a mí. Eras demasiado guapo y arrogante para ser fiel a una sola mujer.

—Ahora soy un hombre distinto.

—Las manchas de los leopardos no cambian nunca. Los sinver-

güenzas no tienen remedio. Aun así, Claire y tú habéis estado juntos ¿cuánto tiempo? ¿Diez años? Eso son nueve más de los que cualquiera habría esperado.

—Mírate —dijo Luca, volviéndose a mirarla con sus ojos azules como el aciano colmados de pesar—. Felizmente casada con Miles. Una casa de campo enorme y hermosa, y cuatro hijos rubios y sonrosados. —Le acarició el rostro con la mirada—. Y más hermosa cada año que pasa.

Ella se sonrojó.

—Vamos, Luca, no digas eso. Siempre quieres lo que no tienes.

—¿Eres feliz con Miles?

—Mucho. —Freya se enrolló un zarcillo de pelo rubio tras la oreja.

—Lástima. Me gustaría volver a hacerte el amor.

Ella retiró el brazo.

—Sólo por ser mitad italiano, eso no te da derecho a hablar así a una mujer casada.

—Eres mi amiga más antigua. No hay nada que no pueda decirte —la corrigió él, dando una nueva calada al cigarrillo, que había quedado reducido a una simple colilla.

Freya cogió un cenicero de porcelana de la mesita que estaba junto al sofá y se lo dio.

—Es un hábito espantoso. Deberías dejarlo.

—No es un buen momento.

—Nunca lo es.

—Es como si me estuviera muriendo y viera pasar mi vida ante mis ojos. He estado tan concentrado en ganar dinero que nunca tenía tiempo para las cosas que son realmente importantes. He dado al traste con mi matrimonio. Nunca quise ser uno de esos padres que destrozan las vidas de sus hijos. Y mírame. He ganado más dinero del que Claire podrá llegar a gastar en toda su vida. Dudo mucho que se acuerde de cuándo fue la última vez que viajó en turista. La condenada me está chupando la sangre todo lo que puede y más. Aun así, si es un monstruo, sólo yo tengo la culpa de haberla conver-

tido en eso. El dinero no es sustituto del amor. A pesar de mis mundanas posesiones, Freya, estoy vacío.

Ella le tocó el brazo.

—Las niñas sobrevivirán. Yo lo hice.

—Tú tuviste suerte. Tu madre volvió a casarse enseguida. Fitz te recogió antes de que tuvieras tiempo de derrumbarte. Y tu madre no es tan vengativa como Claire. Es una mujer sensata. Nunca te predispuso en contra de tu padre.

—Aun así, no deja de resultar desconcertante descubrir que tus padres no se aman y que quieren estar con otra persona. Por muy amigable que sea la separación, en cierto modo sientes que tú tienes la culpa..., que no te quieren lo suficiente para seguir juntos. Pero los niños son fuertes. Se adaptan rápido. Y eso es lo que les pasará a tus hijas.

—John Tresco no se parece en nada a Fitzroy Davenport. Se me eriza la piel al imaginarle ejerciendo de padre de mis hijas. —Palideció y dio una última calada al cigarrillo antes de apagarlo.

—¿Por qué no desapareces durante el verano? Acabas de contarme lo de ese increíble *palazzo* que han comprado tus padres. Seguro que la costa de Amalfi es el lugar ideal para desaparecer unos meses. Tómame un tiempo para decidir lo que quieres hacer. Londres es agobiante en verano y todo el mundo se marcha. Si te quedas, lo lamentarás. Quizá tus hijas podrían reunirse contigo y pasar allí las vacaciones. A los niños les encantan los palacios.

—¡Mi madre no tiene nada de tranquila! Llevo la mayor parte de mi vida adulta intentando evitarla.

—Y haciendo pagar por ello a tu padre.

—Mi madre es incansablemente sociable. No logro entender cómo mi padre puede soportar a toda esa gente. Te aseguro que eso no es precisamente lo que necesito en este momento.

—Un cambio de escenario te hará bien: el sol, el mar, tiempo para reflexionar...

—¡Sobre todos mis errores!

—Nadie es perfecto.

—Llevo ya mucho peso a mis espaldas, Freya.

—Pues suéltalo. Ve a visitar a tus padres. Ya sé que Romina puede resultar insoportable, pero tiene un buen corazón. La sangre es más espesa que el agua y además estoy segura de que están ansiosos por enseñarte el *palazzo*.

Luca la miró y sonrió de oreja a oreja. Durante un instante, Freya sintió que se le encogía el estómago al ver al guapo rufián de sus años de juventud en los rasgos ajados de Luca.

—Ya ves lo bien que me sientas —dijo él, recuperando el destello en su mirada—. Debería haberme casado contigo cuando tuve la oportunidad. He tardado años en descubrir que la mujer a la que siempre he amado ha estado a mi lado durante todo este tiempo. Miles es un hombre afortunado.

—Algún día te reirás de esta conversación. En realidad, no es a mí a quien quieres, sino lo que represento. Soy como un puerto seguro, pero en cuanto te hayas tomado tu tiempo para repostar, te darás cuenta de que no es un puerto seguro lo que deseas. Siempre has sido un amante del mar abierto. Yo soy demasiado plácida para ti. Volverías a aburrirte de mí como te pasó en el año setenta y nueve.

—Te equivocas. Nunca me aburrí de ti. Simplemente no estaba preparado para sentar la cabeza. Fue un error de sincronía.

—Ven, volvamos al salón. Mamá y Fitz no tardarán en llegar a almorzar.

—No, salgamos a dar un paseo.

—¿Con esta llovizna?

—¡Creía que eras una chica de campo!

—Ése es mi papel estelar. Debo fingir que lo soy por Miles. Se niega a poner un pie en Londres. ¿Estás seguro de que no te apetece darle una oportunidad a Annabel? —preguntó, cambiando de tercio—. Estoy segura de que le gustas.

—Tiene esa mirada voraz y descarnada que me enfría la sangre en las venas —respondió él, viendo cómo Freya arrugaba la nariz al reírse—. He empezado a percibirla en los ojos de las mujeres solteras

que rondan los cuarenta..., además de ese potente tictac de sus relojes biológicos. Gracias por pensar en mí, Freya, pero paso.

—Una buena anfitriona piensa siempre en las necesidades de sus invitados.

—Mi única necesidad es la que tú no puedes satisfacer.

—Y que tú no deberías mencionar bajo mi techo —se apresuró a replicar ella.

—No te recordaba tan recatada.

—Estoy casada —repitió ella con firmeza.

Luca suspiró.

—No es así como quiero recordarte.

—No quiero saber cómo me recuerdas. —Freya volvió a sonrojarse.

—El capó del coche, el granero de tus padres, medianoche, verano...

—¡Basta! ¡No tengo ni idea de a qué te refieres! Estoy preparada para dar ese paseo. Veamos si a los demás les apetece un poco de energético ejercicio antes de sentarnos a comer el asado de cordero.

Luca lamentó que Freya hubiera invitado a todo el grupo —incluidos los adultos, los niños y los perros— a que se unieran al paseo. No se sentía en absoluto sociable. Además, no había nadie, aparte de Freya, con quien tuviera ganas de hablar. Miles, en su papel de terrateniente, con su Barbour, las botas y la gorra de *tweed*, les llevó sendero arriba hacia el bosque mientras su esposa le seguía obedientemente unos pasos por detrás con su cuñado y la esposa de éste. Luca se vio de pronto acompañado por mujeres a derecha e izquierda. Annabel, la misma que Freya había elegido para que fuera su pareja, era hermosa aunque seca como un pollo asado que hubiera pasado demasiado tiempo en el horno, mientras que Emily, cuyo marido de magra verticalidad se cernía tras ella con sus hijos, tenía el rostro encendido y era rolliza como una oca engordada a la fuerza para elaborar con ella el consiguiente *foie gras*. Luca disimuló su ceño alzando la barbilla al tiempo que su altura le daba una gran ventaja, y contempló desde donde estaba

cómo los rizos rubios rebotaban contra la espalda de Freya, que caminaba con paso firme entre la hierba alta para mantener el paso de su marido. Luca no entendía lo que ella veía en Miles, por muy agradable que fuera el hombre. Dos de los niños de la pareja pasaron corriendo junto a él, persiguiendo a un labrador negro, y Luca se detuvo a contemplar la piel y el cabello dorado que afortunadamente los pequeños habían heredado de su madre. Miles tenía esa piel pálida típicamente celta salpicada de pecas y el pelo, que había empezado a perder, de un rubio rojizo y mate. A Luca le irritó ver a Freya con un hombre así. De haberse casado con alguien como él, habría levantado su copa y habría renunciado a la partida con una inclinación de cabeza, aceptando con elegancia la derrota de manos de un jugador que era su igual. Miles no lo era; Miles era inferior a él en todos los sentidos. Indudablemente, Freya se había conformado.

—¡Vamos, tortugas! —gritó Miles a la entrada del bosque—. ¡No conseguiréis abrir el apetito a menos que os esforcéis un poco! —Su labrador se había sentado obedientemente a sus pies y jadeaba excitado.

—Es como cuando íbamos de campamentos —se quejó Emily—. Miles siempre tiene que ser el primero, ya sea esquiando o en la pista de tenis. Siempre tiene que ser el mejor en todo.

—¿Y lo es? —preguntó Luca, metiéndose las manos en los bolsillos del abrigo.

—No —respondió secamente Emily—. Al menos no cuando juega al tenis con Hugo. Puede que mi marido sea bajo, pero se mueve muy rápido por la pista. —Bajó la voz—. Miles no es un buen perdedor.

—¿Hace mucho que les conoce?

—Casi diez años. Desde que se mudaron aquí. Vivimos a unos veinte minutos de su casa, justo a las afueras de Alresford. Nos presentaron unos amigos comunes. Freya es un cielo. No tiene un solo hueso competitivo en su cuerpo.

—¿Y qué hace que funcionen como pareja? —quiso saber él. El

rostro redondo de Emily se iluminó ante la posibilidad de satisfacer la curiosidad de su apuesto interlocutor.

—Supongo que funcionan porque son totalmente opuestos. Freya es muy relajada. Miles es un hombre deportista y competitivo. Freya simplemente pone los ojos en blanco y sonríe. —Lanzó una mirada cauta a Annabel y bajó la voz—. La verdad es que Miles me resulta muy pomposo. Quizá lo que pasa es que a Freya le gusta que sea su hombre quien lleve los pantalones en casa.

—¿Qué opina usted, Annabel? —A Luca se le ocurrió que, ya que estaba, por qué no aprovechar y sacar algo en limpio del paseo. Para entonces lloviznaba intensamente y sintió un frío reguero de agua que se le colaba por la espalda. Se encogió de hombros al tiempo que se preguntaba cuánto tiempo más tardarían en almorzar.

—Miles es un gran amante —declaró Annabel con autoridad. Luca se estremeció. La mera idea de Freya haciendo el amor con Miles se le antojó tan poco atractiva como la lluvia que le bajaba por la espalda.

—¿Se lo ha dicho ella?

Emily soltó una carcajada.

—¿Que si Freya dice que Miles es un buen amante? —repitió, viéndole de pronto bajo una luz totalmente distinta—. Santo Dios. —No veía el momento de contárselo a Hugo.

—Sí, Miles tiene un miembro enorme —explicó Annabel como si estuviera hablando del tamaño de su coche—. Y disfruta dando placer a su esposa. Puede pasarse horas atendiéndola. —Luca observó a Annabel con más aprecio. Le gustaban las mujeres que no mostraban ningún reparo con el sexo. De hecho, había sido la inocencia de Freya lo que le había asustado en 1979.

—¿Secretos de tocador?

—Estoy segura de que Freya te mataría si supiera que nos lo has contado —dijo Emily, claramente encantada con la conversación.

—Pero no lo sabrá, ¿verdad? —respondió Annabel, no sin cierto desdén en su tono de voz—. No es precisamente la clase de cosas que se comentan durante el almuerzo, ¿no?

—¿Y cómo es que conoce usted ese cotilleo tan íntimo? —preguntó Luca, viendo caminar a Freya delante de ellos, totalmente ajena a los secretos sobre ella que en ese momento se divulgaban.

—Una noche, muy poco después de que ella conociera a Miles, nos emborrachamos. Yo había pasado una noche más que lamentable con un hombre parecido a Sylvester Stallone que resultó ser una auténtica decepción, y ella me lo soltó. Las apariencias pueden llegar a ser muy engañosas. Miles no es sólo rico, sino también un amante maravilloso. ¿Qué más puede pedir una mujer?

Freya se reunió con su marido. Miles le pasó el brazo por la cintura y la atrajo hacia él durante un instante mientras los demás les alcanzaban. La pareja compartió un comentario gracioso y ella reposó brevemente la cabeza en el hombro de él. Luca sintió celos. Miles no era guapo, pero sí era un buen amante. No pudo evitar caer en la tentación de compararse con él. Había pasado mucho tiempo y Freya probablemente lo habría olvidado. Pero Luca no la había olvidado a ella. El recuerdo que conservaba de las veces que había hecho el amor con ella era como las escenas de un vídeo. Podía poner la cinta en el aparato y volver a verlas una y otra vez a su antojo. Freya había sido en aquel entonces una joven inocente, dulce como el néctar, y tímida. Luca la había abierto como a un capullo, desflorándola. La había despojado de su vergüenza con sus besos y ella se había rendido a él, abandonándose a los placeres del sexo. Y entonces Luca la había apartado a un lado, aterrado ante la intensidad del deseo que ella había expresado de casarse y de vivir felices por siempre jamás. La había abandonado, dejando que la recogiera Miles, con su gran casa, su gran ego y su gran miembro. «Si en aquel entonces hubiera sido más maduro, ¿dónde estaríamos todos ahora?», se preguntó.

Mientras Emily susurraba los secretos de Freya a Hugo, Luca empezó a percibir cierta conexión no formulada con Annabel, como dos ladrones que acabaran de regresar de haber cometido un robo. Caminaron juntos, charlando como un par de viejos amigos, arropados por el trasfondo de una química sexual cada vez mayor. Luca no

fue consciente de las miradas que Freya lanzaba en su dirección. Había invitado a Annabel para divertir a Luca, pero al ver que ambos parecían disfrutar de su mutua compañía, el plan dejó de gustarle.

El grupo regresó acalorado y con los rostros encendidos, el pelo mojado y visiblemente animado. El aroma del cordero asado flotaba ya en el pasillo, procedente de la cocina. Heather Dervis había venido del pueblo a cocinar a la casa, y Peggy, la limpiadora que vivía en la pequeña casa de campo situada al final del camino, había acudido a ayudar a servir. Peggy había reemplazado el desaliñado uniforme que solía llevar por una bata de vestir de color rojo chillón con unas mallas rojas a juego y unos zapatos de hebilla plateada en los que apenas había conseguido embutir sus pies de malvavisco. Freya no ocultó su sorpresa al verla y, recuperando la compostura, dijo:

—Cielos, Peggy, estás espléndida, aunque no deberías haberte tomado tantas molestias por nosotros.

La mujer se pasó las manos por el vestido.

—Hacía años que no me lo ponía —respondió orgullosa—. ¿De verdad cree que me sienta bien?

Freya estudió detenidamente el rechoncho cuerpo de la viuda de sesenta y ocho años y decidió no decir la verdad. A fin de cuentas, Peggy se había vestido así en honor de su padrastro, y sin duda él lo encontraría de lo más divertido. A Peggy se le iba la mano cada vez que el señor iba de visita.

—Yo creo que estás estupenda —dijo. Las rollizas mejillas de la viuda experimentaron un imperceptible sonrojo.

Los invitados se reunieron en el salón y Miles descorchó una botella de champán. El fuego ardía en la chimenea y llenaba la sala con el dulce olor de la madera de manzano. Fuera, la llovizna se había convertido en lluvia que repicaba contra los cristales de las ventanas como una cortina de piedrecillas. Luca se sentó en el sofá con Annabel. Podía oler su perfume, dulce y embriagador. Ella se inclinó hacia él para que sus hombros se tocaran.

—Si tuviera que acostarse sí o sí con alguien de esta habitación, ¿a quién elegiría? —preguntó ella con la inocencia de un ángel en el

rostro—. Salvando lo presente, claro —se apresuró a añadir—. Así no tendrá que ser cortés en su respuesta.

Luca la miró con ojos somnolientos y, aunque, sin el menor asomo de duda, habría escogido a Freya, la idea de disfrutar de Annabel después del postre le resultó tentadora.

—Sin salvar lo presente, la elegiría a usted —respondió con firmeza.

En ese preciso instante la alta y apuesta figura de Fitzroy Davenport llenó el umbral de la puerta del salón.

—¿Queda algo de champán para nosotros? —preguntó, señalando con la cabeza la botella de champán que Miles acababa de vaciar.

—¡Fitz! —exclamó Freya, cruzando a toda prisa la habitación para saludar a su padre—. ¿Dónde está mamá?

—Aquí, cariño, justo detrás. —Su madre se abrió camino y adelantó a su esposo. Rosemary Davenport era delgada y vivaz, con el pelo rubio y salpicado de reflejos que le llegaba hasta los hombros y unos pálidos ojos grises como los de su hija. Estaba orgullosa de aparentar mucha menos edad de sus sesenta y seis años y practicaba Pilates tres veces a la semana con un grupo de GCN, la abreviatura que Rosemary y sus amigas empleaban para referirse a la «Gente Como Nosotras». Eficiente y sociable, era la primera en reconocer que en ocasiones podía llegar a ser un poco pesada: «De no haberlo sido, nunca habría llevado a Fitz al altar. Un hombre como Fitz necesita a una mujer pesada. Son precisamente las pesadas las que consiguen que se hagan las cosas».

Rosemary miró a su marido. Fitzroy había sido bendecido con la eterna juventud. Todavía tenía el pelo castaño, con apenas una ligera sombra de canas en las sienes, y era incluso más guapo ahora que cuando ella le había conocido. Para ser un hombre divorciado en dos ocasiones, se había mostrado realmente abierto a dar una nueva oportunidad al matrimonio. Rosemary no era la clase de mujer dispuesta a dejar que un buen hombre como Fitz se le escurriera entre los dedos. Aunque quizá no era tan hermosa como algunas de las

anteriores novias y esposas de Fitz, a pesar de Freya y de sus tres hermanastros, se conservaba envidiablemente. Y es que sabía que en cuanto se abandonara un poco, no tardaría en parecer la madre de su marido.

—Por ti abriré otra botella, Fitz —anunció Miles, presionando con los pulgares el extremo inferior del corcho.

—He dejado a *Bendico* y a *Digger* en el coche —dijo Fitz, refiriéndose a sus dos labradores dorados—. Quizá los saque esta tarde. Podrían enseñarme ese monte bajo del que me habías hablado.

—Necesitaré bajar el almuerzo de Heather.

—Debería ir a saludar. ¿Cómo está nuestra excéntrica Peggy Blight?

—Hecha un espantajo. No dejes que te indigeste el almuerzo. —Los dos hombres se rieron. Miles descorchó por fin la botella y sirvió el burbujeante Möt & Chandon en una copa de tallo alto.

—¿Si yo tuviera que tirarme a alguien del salón? —musitó Annabel, mirando a su alrededor—, mejorando definitivamente lo presente, elegiría al delicioso padraastro de Freya. Me gustan los hombres altos. Es un buen ejemplo de la clase de hombre que mejora con la edad. Debe de rondar los setenta, aunque parece mucho más joven. Sí, ¡creo que ese perro viejo tiene todavía mucha vida!

—¿Y sin mejorar lo presente?

—Ah, no sabría decirle —bromeó ella—. Miles ya ha pasado la prueba del algodón y debo decir que la ha superado con nota. ¿Debe una chica apostar por lo bueno conocido o por un hombre que parece tener lo que hay que tener, pero que quizá resulte ser una terrible decepción?

—Le aseguro que no habría tal decepción —dijo Luca, sonriéndole con confianza.

—Lo pensaré durante el almuerzo.

—Aunque, claro, juego con ventaja. Miles no está disponible.

—Y tampoco es guapo. Eso es una ventaja..., aunque también una desventaja.

—¿Por qué?

—Porque los hombres guapos suelen tenerse en muy alta estima y normalmente consiguen lo que quieren, de ahí que traten mal a las mujeres. No respetan lo que no suponga un reto para ellos. —Se levantó cuando Peggy apareció en la puerta para anunciar que el almuerzo estaba servido. Todos se quedaron mirando perplejos el conjunto rojo de la mujer, todos salvo Fitz, que se dirigió a ella con una luminosa sonrisa en el rostro.

—¡Mi querida Peggy! —exclamó—. Es usted una auténtica aparición escarlata.

Las mejillas de la mujer se tiñeron del color de sus medias.

—Gracias, señor Davenport. Es tan sólo un vestido que he decidido ponerme esta misma mañana. Nada especial.

El almuerzo se sirvió en la gran mesa redonda de nogal del comedor. Freya había colocado un elegante arreglo de lirios dorados en el centro y había utilizado la cubertería y las copas que había recibido como regalos de boda. Seguía lloviendo y las nubes, espesas y dentadas, se deslizaban despacio en el cielo. Freya encendió las velas porque la luz era demasiado tenue y el resplandor dorado magnificó la comodidad de la habitación, tan elegante como su dueña.

Luca se sentó a la izquierda de Freya, con Emily a su izquierda. Fitz tomó asiento a la derecha de su hijastra. En cuanto empezaron a dar cuenta del cordero, quiso ponerse al día de la vida de Luca, al que hacía tiempo que no veía.

—Freya se casó con Miles y yo me casé con Claire, por eso dejamos de vernos —se limitó a responder Luca—. Y ahora que me he divorciado he vuelto a buscar la compañía de mis viejos amigos. Freya me ha recibido sin un solo reproche.

—Lamento que tu matrimonio no haya funcionado.

—Yo también —respondió, encogiéndose de hombros—. Pero así es la vida.

—He pasado dos veces por eso y sé lo que es.

—A la tercera va la vencida —dijo Luca—. No creo que vaya a darme ninguna prisa en volver a atarme.

—No hay ninguna necesidad —intervino Freya—. Tienes dos niñas adorables a las que dedicar todo tu tiempo.

—A mí me gusta estar casado —dijo Fitz—. Rosemary me eligió cuando yo estaba pasando por un mal momento y desde entonces me ha organizado la vida. No sé lo que haría sin ella.

—Claire se limitaba a gastar mi dinero y a sermonearme —replícó Luca no sin cierta ironía.

—Todas las mujeres sermonean —dijo Fitz—. Me han dicho que te has ido de la City.

—Sí, es correcto.

—La noticia ha aparecido en todas las páginas de economía.

—No las he leído.

—Nadie lo entiende. Les tenías aterrados. ¿Sabes quizás algo que ellos no sepan?

Luca negó con la cabeza y sonrió.

—Una mañana me desperté y me di cuenta de que estaba trabajando como un ratón de cuerda programado para ganar dinero. Para hacer más ricos a los ricos. ¡Qué existencia más vacía! Dinero, dinero, dinero. ¿Cuánto dinero necesito para ser feliz? ¿Cuánto para ser libre? Quiero algo más, aunque todavía no sé lo que es.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Fitz.

Luca se encogió de hombros.

—La pregunta del millón.

Freya se unió a la conversación.

—Le he dicho que se tome el verano libre. Que se vaya a Italia y que se quede con sus padres en el nuevo *palazzo* que tienen en la costa de Amalfi.

A Fitz se le iluminaron los ojos.

—¿En la costa de Amalfi?

—Es un pequeño pueblo pesquero llamado Incantellaria. Probablemente no haya oído hablar de él.

—Incantellaria —repetió Fitz, palideciendo—. ¿Romina y Bill han comprado el *Palazzo* Montelimone?

—¿Lo conoce? —preguntó Luca.

Fitz lanzó una mirada nerviosa a su esposa.

—Estuve allí una vez, hace muchos años. El *palazzo* era una ruina.

—Mis padres lo compraron hace unos tres años. Les llevó dos restaurarlo.

—¡Y son el equipo perfecto! —exclamó Freya—. Bill es arquitecto y Romina es decoradora de interiores. Apuesto a que les ha quedado espectacular.

—Han querido recrearlo tal como era antes de que un incendio prácticamente lo destruyera en los años sesenta. Devolverle su esplendor. Yo todavía no he ido. He estado demasiado ocupado. Hace meses que no les veo. Ahora que estoy libre quizá vaya a visitarles.

Se volvieron expectantes hacia Fitz.

—¿Qué le llevó a Incantellaria? —preguntó Luca.

El hombre clavó la mirada en su plato.

—Una mujer muy especial. —Pronunció las palabras con tanta ternura que Freya sintió que se le erizaba el vello de los brazos—. Antes de conocer a tu madre, querida —añadió diplomáticamente.

—Al parecer, es un lugar muy secreto —dijo Luca.

—Secreto y plagado de secretos —confirmó Fitz—. En cuanto uno empieza a hurgar en Incantellaria, es difícil imaginar lo que queda aún por descubrir.